

Yanina Welp

Chile y el mito participativo

Clarín, 11 de septiembre de 2022.

Expectativas infundadas están haciendo mucho daño a los procesos de renovación democrática. Tres falacias lo ilustran: atribuir una superioridad moral y/o epistémica al pueblo, suponer que la participación ciudadana es superior a y por tanto opera como un reemplazo deseable de la representación, y dar por hecho que el déficit de legitimidad se resuelve cuasi-automáticamente con más participación.

Estas falacias han sido alimentadas tanto por una tradición filosófica que hunde sus raíces en Rousseau (la asamblea de libres e iguales como modelo democrático ideal) y llega hasta Hanna Pitkin (la representación como la opción de poner la democracia en acto porque no se reúnen las condiciones para la participación directa, “the second best”).

En tiempos recientes, la crisis de la representación ha dado espacio a nuevas voces que identificaron en la representación el origen de todos los males. La clave está en el rechazo a los partidos, a los que se percibe como aparatos que en la búsqueda de alcanzar y mantenerse en el poder priorizan sus estrategias electorales por encima de la búsqueda del bien común, lo que no genera condiciones para la buena gobernanza y no permite resolver adecuadamente los problemas que afectan a sus entornos. Hay mucho de eso, pocas dudas caben. Sin embargo, aceptarlo no implica validar las falacias mencionadas más arriba.

Primero, que los partidos no estén funcionando bien no conduce a identificar una superioridad epistémica del pueblo, nada permite atribuir a las y los líderes independientes o provenientes de movimientos sociales el “ser el pueblo”, actuar como voceros de la voluntad general y en ese sentido trascender las mezquindades de los partidos actuando en beneficio de la totalidad.

Dos razones centrales, una, el pueblo no es una entelequia sino un conjunto de personas diversas, con agendas en disputa y, dos, quienes actúen como sus representantes no pueden desprenderse de sus condicionantes (étnicas, de género, etc.). Y esto es bueno, porque una mayor representación sienta las bases para una mayor inclusión.

Segundo, los mecanismos que ponen en acto la participación y la representación son diversos y lejos de oponerse se retroalimentan. La participación refiere a multiplicidad de formatos que en ningún caso eliminan las mediaciones (las reglas electorales con sus umbrales de validación y requisitos para la toma de decisiones, los liderazgos y hasta el orden de toma de palabra, por mencionar unos pocos aspectos, influyen sobre un proceso de deliberación y sus resultados.

Del otro lado, la representación no puede reducirse a su dimensión electoral, sobrado ha quedado en evidencia en Chile, donde la Convención –electa directamente, paritaria, con participación indígena, más descriptivamente representativa que ninguna otra en la historia del país– fue perdiendo sus apoyos por razones múltiples que han sido muy analizadas en los últimos días (en particular sus desaciertos y la magnificación de los mismos por parte de los medios de comunicación).

Tercero y último, el déficit de legitimidad no se resuelve inyectando participación, porque la participación y la representación van de la mano. Si una está ausente o es muy deficitaria, el resultado final será malo.

Recuérdese que en las democracias contemporáneas el método más extendido de participación es el electoral. Fortalecer la democracia requiere de un buen diseño de canales institucionales para que la ciudadanía pueda hacer oír su voz –por ejemplo, con iniciativas populares activables por recolección de firmas– y de buena calidad de la representación –partidos y liderazgos sociales que cuenten con apoyos. La legitimidad se hornea a fuego lento.

Estas reflexiones no pretenden señalar que el apabullante rechazo a la propuesta constitucional en Chile el pasado 4 de setiembre (61,9% frente al 38,1%, con una participación del 87% en un estremo del voto obligatorio) en todas las regiones del país sin excepción (con el triunfo del apruebo en el exterior), pueda explicarse por una razón abstracta y unívoca como es “la crisis de la representación”. Sin embargo, sí se busca llamar la atención sobre algunas falacias que conducen a subestimar el peso y complejidad de la construcción de legitimidad en los sistemas democráticos contemporáneos.